

## LAS IDEAS EDUCATIVAS DE JOAN BENEJAM

Ignacio Martín Jiménez

*Doctor en Historia*

**RESUMEN:** Las ideas educativas de Joan Benejam, pedagogo menorquín entre los siglos XIX y XX aún poco conocido en la historia educativa española, constituyen una aportación radicalmente novedosa para su tiempo. Basado en experiencias como las excursiones escolares, el teatro escolar (siendo al respecto uno de los pioneros en nuestro país), la "enseñanza de cosas" (metodología globalizada de trabajo escolar) y un proceso de enseñanza básicamente centrado en el aprendizaje por descubrimiento, plantea una abundante sistematización de ideas pedagógicas expuestas con sorprendente sencillez y sistematicidad. En el presente artículo pretendemos dar a conocer algunas de sus ideas y escritos escolares básicos, así como una breve glosa de su actuación como maestro, en la que supo conjugar la teoría con la práctica. Benejam constituye por tanto uno de los precursores de la Escuela Nueva en España.

**PALABRAS CLAVES:** Historia de la Educación. Historia de la Pedagogía en España. Historia de la Educación en España. Historia de la Educación en Menorca. Joan Benejam.

## THE EDUCATIONAL IDEAS OF JOAN BENEJAM

**SUMMARY:** Joan Benejam was an educationalist from Menorca in the XIXth and XXth century and though he is still not well known in the pedagogical history of Spain, his ideas about education made an important contribution for his time.. He based his ideas on experiences like school trips, school theatre , ( he was one of the pioneers in the country), the "teaching of things" (global methodology of school work) and a process of teaching basically focused on "learning by discovering". He suggests to systematize the pedagogical ideas shown with amazing simplicity.. In this article we pretend to show some of his basic ideas and writings, as well as a short report about his life as a teacher, in which he knew how to mix theory and practice. Therefore, Benejam is one of the precursors of the New School in Spain.

**KEY WORDS:** History la Education. History of the la Pedagogy in Spain. History of Pedagogy in Menorca. Joan Benejam.

## JOAN BENEJAM

La figura de Benejam ha sido objeto de estudio desde fecha temprana: en abril 1922, al poco de su fallecimiento, el cronista del Archivo Municipal de Ciutadella, José Cavaller Piris escribía *Apuntes Biográficos. Maestro Benejam* (1). En 1923 (al

(1) Ciutadella, Imprenta Moll, abril de 1922

(2) Resulta un punto de referencia imprescindible el artículo "Un eximio maestro español contempo-

año de su defunción, ocurrida en febrero de 1922) Jerónimo Solsona Pallerols publicaría otro estudio relevante sobre su vida pero especialmente sobre la trascendencia pedagógica de su obra (2). Posteriormente, A. Mesquida Cavaller también glosó algunos aspectos relacionados con la figura del ilustre maestro de Ciutadella (3).

Benejam nació en Ciutadella el 27 de marzo de 1846. De origen familiar modesto (su padre era marinero), pese a la gran aptitud para el estudio que mostrara desde sus años escolares, su vida estaba abocada a la marinería. Afortunadamente, gracias a la intervención de un canónigo pariente suyo, y acabados sus primeros estudios (en 1863), Benejam emprende su primer viaje a Barcelona para cursar la entonces modesta carrera del Magisterio (1863-1868), a sus 17 años. No es preciso insistir sobre el ambiente que, a los pocos años, viviría Benejam, propicio al progresista que desembocaría en la Revolución de 1868.

Su actividad política le llevará a ganarse la amistad del propio Víctor Balaguer, conquistando incluso la simpatía de Castelar. Benejam se declarará republicano, aunque siempre sin renunciar a sus profundas raíces católicas. Al final de su vida, en sus *Memorias*, escribirá:

“En Barcelona fui aceptado como huésped en casa de un progresista furibundo. En aquella casa me dieron a leer, a tontas y a locas, libros de la cáscara amarga, y muy pronto me olvidé hasta del santo de mi nombre, para enfrescarme [sic] en la lectura de novelas a las que cobré gusto y afición. Leyendo a Castelar, me hice demócrata y hasta conseguí un cachito de amistad con el gran tribuno. Estalló la revolución de septiembre, cuando yo tenía apenas veintidós años. Entonces me declaré francamente republicano” (4).

A los 18 años había escrito textos tan apasionados desde la perspectiva sociopolítica como el que citamos, pronunciado también en forma de conferencia:

“El obrero que era desgraciado porque era pobre, despreciado, sin ninguna protección, sin ver nunca sonreír en su horizonte un día sereno; se ve en la época presente respirando el ambiente de un día feliz y risueño. Las escuelas de la ciencia se abren a su paso, vertiendo en su inteligencia rayos de luz que con centelleantes reflejos iluminan su alma disipando las negras nubes que antes vagaban por ellas. Los Ateneos le franquean sus puertas, para saborear los óptimos frutos que estos les prodigan” (5).

Pero también en la misma charla exponía intuitiva (y, si se quiere, algo toscamente) lo que habría de ser una de sus preocupaciones pedagógicas fundamentales, hacer de la enseñanza algo accesible y atractivo:

(2) Resulta un punto de referencia imprescindible el artículo “Un eximio maestro español contemporáneo. D. Juan Benejam y su libro La alegría de la escuela”. Conferencia dada, el día 27 de agosto de 1922, en la Escuela Normal de Barcelona, por D. Jerónimo Solsona Pallerols, *Revista de Menorca. Publicación del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Mahón y de las sociedades afines domiciliadas en el mismo*. Año XXVIII, Quinta Época, Tomo XXVIII (1923), Mahón, B. Fábregues.

(3) A. Mesquida Cavaller: “Juan Benejam Vives. Insigne Pedagogo”, *Panorama Balear*, nº 122, Palma de Mallorca (1985).

(4) Cit. por A. Cavaller, o.c., pp. 4-5.

(5) Cit. por José Cavaller Piris, o.c., sin página.

“La ciencia no está al alcance del obrero, pare él es un enigma que no puede descifrar su inteligencia. Es preciso, pues dulcificarla, armonizarla, presentarla a sus ojos con galas para que parezca deslumbrante y bella, y para todo esto ahí tenéis el teatro” (6).

Su primer destino, recién salido de la Normal de la Ciudad Condal ejercerá como maestro interino en Blanes, donde será su labor será muy reconocida. Pero en 1869 tendrá la oportunidad de ejercer en su localidad natal, como maestro auxiliar. Cuatro años después, el maestro titular Juan Luis Oliver obtendrá un destino en Palma de Mallorca, nombrando el Ayuntamiento de Ciutadella para su suplencia a Joan Benejam, puesto que desempeñaría durante 39 años. Pero su labor no se limitará a la docencia. Al igual que sucediera desde sus últimos años de estudiante (en *El tío Camueso*, uno de los primeros periódicos humorísticos de Barcelona), y luego en su primer destino en Blanes (fundó *El Blandense*), Benejam ejercerá como publicista, dirigiendo los periódicos *El Diario de Ciutadella*, y el noticiario y de anuncios *El País*, editado desde 1886 en Ciutadella 1886 (con 140 suscriptores, cifra por entonces nada despreciable), cultivando también la poesía (*Poesías razonadas*). Pero tampoco se limitará su acción pedagógica a la única escuela de niños elemental masculina que existirá en Ciutadella hasta los años 30: en 1883 compaginará esta ocupación con la docencia de la Escuela nocturna para aprendices del “Gremio de Zapateros”, junto a dos auxiliares y patrocinada por Antonio Vila; y, desde 1886, la Escuela nocturna para adultos ubicada en la Plaza Vieja, junto a Bartolomé Fiol. Como a él mismo le gustaba decir, de todas formas tenía “clase abierta todo el día.” Por si fuera poco, de 1917 a 1921 ejerció el cargo de concejal del Ayuntamiento, caracterizándose por su posición progresista.

Como conferenciante participará en el importante Congreso Pedagógico de Barcelona de 1888 con “Importancia relativa de los estudios que comprende la 1ª enseñanza en sus diversos grados. ¿Qué reformas pueden introducirse desde luego en las Escuelas para elevar el nivel científico y la cultura general de nuestro pueblo?”, y el 7 de octubre de 1917 en dicha Universidad. Y, sin embargo, durante su trascendencia como teórico de la pedagogía será mayor tras su muerte que durante su vida.

Tras esos 39 años dedicado en cuerpo y alma a la docencia (cobrando a lo largo de toda su etapa como maestro de la escuela de Ciutadella la misma remuneración: 1.100 pesetas), a los 66 años pedirá su merecida jubilación.

En 1917 pronunciará en el Paraninfo de la Universidad de Barcelona una conferencia bajo título de “La enseñanza bajo un nuevo aspecto”, que luego será el prólogo de una de sus principales obras, *Enseñanza de la vida*, publicada en 1918. Antes, en 1910, publicó otra de las obras claves de su pensamiento docente, *El problema educativo*, editada en Ciutadella. Otras obras suyas son *La escuela práctica* (“Lecciones y ejercicios de todas las materias de enseñanza que suministra a los maestros asunto abundantísimo para todos los grados de la misma”), *La escuela y el hogar* (publicación quincenal), *El buen amigo* (biblioteca ilustrada para los niños), *Vulgarizaciones científicas*, *La enseñanza racional*, *El lenguaje en acción*

(6) Ibidem.

(7) Ver *La escuela práctica*, t.I., p. 354.

(“Diccionario de frases, modismos, sinónimos etc. con un apéndice que comprende muchas curiosidades gramaticales”), *Vida nueva, España* (“Lecturas razonadas sobre su historia, que estudia de una manera especial el carácter de los tiempos y de los hechos”), *Gramática educativa, Lecturas educativas, La tierra* (“Escenas de la vida rural”), *Las pequeñas historias, Poesías razonadas, Leyes y fenómenos, El buen camino* (“Lecturas-conversaciones para promover alteza de miras en el carácter”), *Vida humana, La enseñanza viva, Ejercicios de aritmética y Vida hermosa*.

## IDEAS EDUCATIVAS EN BENEJAM

### Pedagogía y escuela: el paidocentrismo.

Benejam era no era un teórico de la pedagogía que postulase ideas o defendiese metodologías alejadas de la realidad. Si por algo se caracterizó en su obra fue precisamente fue por realizar propuestas factibles: y de ahí el título de una de sus principales obras, *La escuela práctica*. Obra en la que advierte:

“Ah! Si se obligase a los que escriben o disertan sobre educación a que intentasen dar vida a sus conceptos en la misma escuela, en medio de las circunstancias difíciles y azarosas en que ese encuentran los maestros, qué de reputaciones vendrían al suelo! qué de sabios enseñarían la calabaza y se marcharían por otro lado! qué de publicistas desengañados tendrían que cambiar de oficio!” (7).

De hecho, *La alegría de la escuela* dista de ser un manual pedagógico al uso. Con un tono abiertamente desenfadado, aborda sus experiencias docentes, sin ninguna apostilla dogmática, sino con el espíritu de quien cultiva su vocación y transmite su modesto acervo de ideas y experiencias educativas.

Si en una palabra hubiera que sintetizar el pensamiento, realista como decimos, de Benejam, creemos que ésta habría de ser “paidocentrismo”. Es decir, las ideas educativas de Benejam, en ocasiones de una simplicidad asombrosa, tienen como centro el que la escuela ha de adaptarse al alumno. Dice en esa obra postrera, que en muchos sentidos es su “testamento pedagógico”, *La enseñanza bajo un nuevo aspecto*: “El factor niño debe ser el principal de los factores y el mediador plástico sobre todo” (8).

Alejado de esa concepción de la escuela, casi concebida como un cuartel, que hemos visto es predominante entre los maestros de su época, Benejam apuesta por respetar las características psicológicas y conductuales del niño. En *Alma de Maestro* dice textualmente: “La escuela no es un cuartel ni puede ser un convento”. Partiendo de la consideración de que el movimiento y la inquietud es normal en los niños, propone no atajar éstos de forma rígida, sino encauzar estas energías infantiles hacia situaciones generadoras de aprendizaje, buscar el justo límite entre la actividad y el desorden.

(7) Ver *La escuela práctica*, t.I., p. 354.

(8) O.c., p. 17.

(9) Escribe: “El maestro necesita leer, renovarse, mantener una cierta juventud de espíritu, porque

Pero ante todo, Benejam aspira a una pedagogía en continua renovación: su apuesta principal es la de un maestro capaz de evolucionar, de buscar el progreso en la escuela de forma continuada (9) (casi diríamos, sin grandes traumas, sin ostentosas revoluciones). Por eso, en *Alma de maestro* (la revista que publicara en los dos últimos años de su vida) de julio de 1915, ya en una edad muy madura, y con ese espíritu de recapitulación sobre lo que había sido su experiencia docente, decía:

“La labor del maestro ha de ser obra de un progreso constante y de una aspiración continua de trabajar hoy mejor que ayer y mañana mejor que hoy” (10).

## Enseñanza integral

Benejam propone una enseñanza que abarque la totalidad de las facetas que componen la personalidad del niño. Si bien es cierto que en el docente existe un apego a una concepción tomista de la persona algo desfasada (división en intelecto/alma/cuerpo), Benejam propone una novedad radical para la enseñanza de su tiempo: la escuela habría de ocuparse de la formación emotiva, de la formación afectiva, incluso de la capacidad de expresión vivencial del alumno y desarrollo de su capacidad estética. Por supuesto, sin descuidar como ya es habitual en muchos maestros del momento, la educación física o corporal.

Entre otros motivos por los que la figura del Benejam pedagogo resulta de una sorprendente modernidad, ocupa un lugar destacado el hecho de ser uno de los pioneros del teatro infantil en España. Pero no concebido sólo ni principalmente como un pasatiempo lúdico, o como un ejercicio declamativo, sino ante todo como la dramatización y expresión de vivencias íntimas, afectivas, del alumno.

Adelantándose a las posteriores propuestas de Kerschensteiner, Claparède, Dewey y otros pedagogos rupturistas, Benejam quisiera ver convertida su escuela en un taller, en el que lo que se estudie y trabaje sean aspectos de la vida real. Los formula mediante el aforismo: “haced penetrar el mundo de los hombres en el mundo de los niños”. En esta intención, el maestro Benejam elegirá la representación (a veces espontánea, otras dirigida) de escenas que reflejen “hechos de realidad palpitante, proyecciones de la vida ordinaria, convenientemente dialogadas bajo la forma de prosa o de verso, pero mayormente prosa”, como indica en *El Problema educativo* (11). De esta forma, Benejam intenta unir aspectos ligados a la adquisición de conocimientos (capacidad de expresión, de discursivización lógica, etc.) a la realidad vital y a la emotividad del alumno, que trabaja *desde* situaciones que le implican en su integridad de persona:

“Podré equivocarme; pero conceptúo que hay tanta o más utilidad, interés y conveniencia en

(9) Escribe: “El maestro necesita leer, renovarse, mantener una cierta juventud de espíritu, porque maestro o maestra que no se dedica a su perfección es una calamidad para el pueblo y un quiste para la enseñanza”, *Alma de maestro* (julio 1915), p. 47.

(10) O.c., p. 10.

(11) Juan Benejam y Vives: *El problema educativo. Hacia el mejoramiento de la escuela y del bienestar del maestro*. Ciudadela, Imprenta y Librería de Salvador Fábregues, 1910, p. 57.

(12) *El problema educativo...*, o.c., pp. 65-66.

estudiar y conocer el mundo social como en estudiar y conocer el mundo físico. Conceptúo que el mundo de los hombres no ha de considerarse inferior en categoría al mundo de las cosas, y que si mucho nos importa conocer la naturaleza de nuestro planeta y los fenómenos que de ella se derivan, nos importa tanto o más conocer la sociedad y las leyes que la informan.

Hay más; el niño se regenera ó degenera en virtud de una serie de actos que presencia primero y ejecuta después inconscientemente hasta que la costumbre los arraiga en sus adentros.

La perversidad no se introduce en el ánimo del ser humano sino por una serie repetida de actos perversos, y aunque existen propensiones fatales, éstas se pueden corregir con actos edificantes; de lo contrario, la fuerza del ejemplo sería nula.

Ocupémonos de los negocios de la vida; hagamos que los niños actúen en los conflictos que se suscitan entre los hombres; démosles medios de ver claro tocante á ciertos aspectos de las contiendas sociales en que han de moverse algún día, a fin de que estén prevenidos” (12).

Y pretende fomentar el desarrollo de la dimensión simbólica del alumno, ejercitar su capacidad de producir sentidos ante el mundo exterior, de manifestar su universo vivencial. Porque el teatro infantil, en la concepción de Benejam, no estriba fundamentalmente en la representación de papeles prescritos por parte de niños, sino ante todo de fomentar la autoafirmación del alumno permitiéndole expresarse en un ambiente distendido. Se trata más que de una *asignatura* añadida, de un motivo de alegría escolar:

“No se trata. precisamente de comedias, si no de variar completamente el aspecto de la escuela. De triste se convierte en alegre; de monótono pasa a ser ameno, y de repulsivo se hace atrayente en alta manera” (13).

Una concepción, por tanto, no muy alejada de la del pedagogo Herbert, y que describe en los siguientes términos:

“Para resolver el problema educativo, entiendo yo que no es menester una preparación tan difícil y amanerada como las comedias, que ni pueden ser copia del natural ni medio de adaptación en muchas escuelas.

Con estos espectáculos se crean a veces frecuentes rencillas y hasta se suscitan envidias, dando origen al descontento entre varias familias. ¡Como que cada una en esta parte considera a su pequeño vástago con las dotes del gran Romea!

Me consta por experiencia propia, porque en muchas ocasiones he emprendido la ardua tarea de hacer funcionar un teatro infantil en mi escuela.

Sucede, además, que con las comedias infantiles sólo un grupo de elegidos trabaja, y los demás niños quedan desairados, y lo que es más en actitud pasiva, pasividad mal avenida con la enseñanza de nuestros tiempos.

[...] La base de mi pensamiento es otra, como el lector habrá podido comprenderse [sic]. Esta base se presta a trabajos más amplios, más variados y más fecundos, precisamente porque se funda en hechos que el niño ve realizarse todos los días, que han de formar una experiencia de los mismos; y si en su corta extensión no cabe gran argumento, no han de andar despojados de interés, y como no se limitarán a ser representados, sino a servir también de lectura, he ahí porque les doy un alcance extraordinario” (14).

(12) *El problema educativo...*, o.c., pp. 65-66.

(13) *Ibidem*.

(14) *El problema educativo...*, o.c., p. 59.

Son representaciones que no abordan aspectos formales, sino que vivifican lo aprendido, escenifican por ejemplo hechos históricos, breves pasajes de determinados personajes históricos, obritas literarias, o, simplemente, lo que los alumnos acaban de leer en su cartilla de lectura, o la forma en la que se comportarían ante una situación nueva.

Para percibir la importancia que en el modelo docente implícito de Benejam se otorga a esta actividad escolar, baste decir que esta actividad estaba integrada en el día a día de la escuela, que proponía que no faltase en ningún local escolar un espacio que pudiera emplearse como espacio de dramatización, o que, cuando el Ayuntamiento de Ciutadella amplió su escuela de niños con una segunda escuela, creó adjunto a dicho local un teatrillo. Y, como desarrollo de esta práctica educativa, y como ejemplo para otros maestros, escribió múltiples obritas de teatro infantil, que abarcan muy dispares campos educativos, como se desprende de sus títulos: *El país de la gramática en 2 actos y en prosa*, *Amor y justicia en un acto y en verso*, *Contra envidia, caridad*, *El lazarillo*, *Los pastorcillos*, *La guerra infantil*, o un *Cántico a la Paz Universal*. Esta última obra constituye un buen ejemplo de la razón de ser de estas escenificaciones: se reproduce la situación de la primera guerra mundial (la obra es escrita en plena vorágine bélica, en 1915), en la que cada personaje constituye una nación, y en la que una matrona (representación de España) intenta hacer que los distintos contendientes entren en razón mediante el diálogo.

En la enseñanza de Benejam no existe ese distanciamiento y prevención ante la realidad más inmediata, ante los sucesos del presente, que es una seña característica de la educación de su época.

Pero otras obras son simplemente *Diálogos entre niños*, situaciones cotidianas del mundo de vivencias de los niños, de sorprendente frescura y naturalidad. No se trata de un género estrictamente nuevo en la bibliografía escolar. Existe un libro de lecturas, de uso obligatorio en las escuelas españolas a partir de 1875, el célebre *Juanito* que aborda los comportamientos morales de un hipotético niño ante situaciones de la vida. Sin embargo, se trata de una visión sumamente postiza, hasta cierto punto encaminada a transmitir una concepción burguesa de la niñez, y con inequívocas connotaciones represivas: dedica nada menos que 30 páginas a tratar las inconveniencias del robo. En cambio, los diálogos de Benejam abordan con gran naturalidad y amoldándose a la verdadera forma de ver el mundo de los niños, situaciones cotidianas, conflictos, dudas, decepciones... Se trata de que alumno aprenda a exteriorizar sus vivencias, a reflexionar desde su representación simbólica (el teatro) sobre las mismas, a compartir dicha vivencia.

En su época, el intento de Benejam suponía toda una novedad, como señala Jerónimo Solsona:

“Se dice que Benavente con “El Príncipe que todo lo aprendió en los libros” es el creador del teatro infantil en España. Antes que el famoso autor, nuestro eximio Maestro, penetrado de claro espíritu pedagógico, había celebrado en Ciudadela innumeradas representaciones infantiles” (15).

(15) O.c., p. 56.

(16) *Alma de maestro*, o.c.

Pero más en general puede decirse que la escuela que propugna Benejam cultiva la autoestima, de la que la representación teatral también forma parte (en tanto permite manifestarse y afirmarse al alumno, primer paso de este proceso). Alentar la parte positiva que todo alumno, dice, tiene: “amarse a sí mismo”. Condición, piensa Benejam, para que la educación sea verdadera, no un conjunto de tópicos aprendidos a la fuerza. Busca en el alumno un equilibrio personal, base de una moral autónoma: “El que se ama y se respeta no atentará contra la salud de su cuerpo ni contra la moralidad de sus acciones” (16).

De trasfondo socrático, su visión de la enseñanza privilegia en todo caso la plena toma de conciencia por parte del alumno: “Hacer que el niño penetre en el mundo que lleva dentro”, según sus palabras (17). Es decir, una enseñanza afectiva basada en la introspección: desde este punto de vista también se plantea Benejam la función docente del teatro infantil, al permitir el contacto del niño con situaciones en las que se ve comprometida la totalidad de su personalidad.

Y, desde luego, entendiendo que la escuela ha de ocuparse casi como prioridad de la dimensión afectiva del alumno (bien que desde la óptica humanista-cristiana del maestro):

“Moved siempre al niño a levantar al caído, a acudir en la defensa del débil, a respetar y socorrer la desgracia donde quiera que se encuentre, a ser amigo de aquel que abandonen los demás, a combatir con valor contra todas las injusticias sociales, a sacrificar su reposo y bienestar en favor de todos los que sufren, en una palabra, a ser soldado de su deber puesta su confianza en Dios” (18).

## Prevalencia de la actividad y el aprendizaje significativo

Benejam postula la necesidad de una enseñanza viva, activa. Reiteradamente ha escrito:

“Hay que hacer la enseñanza viva haciendo que el maestro hable menos y el niño hable más” (19).

Porque cuando habla de actividad, no se refiere exclusivamente a esa actividad física cultivada por la gimnasia: “lo que falta aquí es trabajo; trabajo útil, trabajo educativo, trabajo que facilite la anhelada armonía, que refrene los inmoderados apetitos, que tonifique la energía moral, que contribuya a la formación del carácter al par que desarrolle aptitudes” (20). Es necesario tener en cuenta el talante intelectualizado de la enseñanza del momento, especialmente en la segunda enseñanza y estudios universitarios. Contra el mismo, Benejam reclama “más industriales y menos doctores”; o “Venga un azadón o una podadera para los estudiantes”.

(16) *Alma de maestro*, o.c.

(17) *Ibidem*

(18) Cit. por Solsona, o.c., p. 165.

(19) *Alma de Maestro*, marzo de 1915, p. 14.

(20) *La Alegría...*, o.c., p. 250.



Pretende que los contenidos de la enseñanza tengan un carácter práctico. Frente a esa forma estéril de concebir la enseñanza propia de su época (basada en frases memorísticas aprendidas pero no comprendidas por el alumno), apuesta por una enseñanza de la vida y para la vida:

“Hacer práctico el saber es una gran cosa; hacer que el saber influya en la dignificación de la persona que sabe.

[...] La escuela tiene que preparar al niño para la vida cultivando las energías que concurren a realizarla.” (21).

“Importan más los hechos que las palabras, y de nada sirven las palabras, sino van corroboradas por los hechos [...] impresiona más un acto que todos los discursos” (22).

Una metodología activa es la consecuencia en Benejam de la adaptación de la enseñanza a las características del niño: el niño debe ser el principal factor de su propia educación. El papel del maestro ha de centrarse básicamente en alentar dicha actividad, en catalizar el autoaprendizaje:

“Es menester que el niño obre por su cuenta, una vez excitado y dirigido por el maestro; es menester algo de esfuerzo propio, de trabajo personal, y en ello se funda lo que llamamos método activo, porque estimula la actividad del niño con el desenvolvimiento de todas sus fuerzas” (23).

La enseñanza, propone, ha de ser comprensiva, ha de implicar al niño y a su voluntad, motivarle. Sin esa premisa no puede resultar efectiva. Y por tanto, ha de partir de lo sensitivo, porque “mejor se comprende lo que se ve que lo que se explica [sic], pero muchísimo mejor que lo que se explica y se ve, se comprende lo que se hace” (24). También escribe:

“Conmover los sentidos y ejercitarlos es el principio de toda enseñanza.

Y puesto que los sentidos son las aberturas por donde las nociones del mundo visible penetran en los tiernos cerebros, hagamos que de allí el espíritu recoja las impresiones que son la substancia de las ideas” (25).

Benejam es partidario de los sistemas de representación gráfica, como el “Didascosmos” (representación mediante figuras, similar a los belenes).

El papel de los niños en la enseñanza es el de “actores y autores” (26). Opta por una aprendizaje limitado pero real, comprensivo, que signifique que el alumno queda capacitado para desenvolverse en la vida:

“Voy a examinar el problema bajo otro punto de vista, evidenciando la escasa virtualidad de nuestra cacareada cultura.

(21) *Alma de maestro*, marzo de 1915, p. 14.

(22) *La Escuela Práctica*, o.c., T. I, p. 154.

(23) *La Alegría de la Escuela*, o.c., cap. V.

(24) Ib. Benejam explota esa idea kantiana según la cual el mejor medio de comprender es hacer.

(25) *El problema educativo...*, o.c., pp. 64-65.

(26) *Alma de maestro*, julio de 1916, p. 20.

(27) *El problema educativo...*, o.c., pp. 21-22.

Salen a cada paso de nuestras escuelas y demás establecimientos de enseñanza multitud de escolares sabiendo una porción de cosas; pero ignorando el arte de vivir que debiera aprender el hombre desde niño para estar capacitado después, o sea antes de romperse la cabeza.

Lo mismo pasa con las niñas. Muchos libros, muchas lecciones. mucho floreo, muchos requirios y ninguna aptitud para ganarse la vida, ninguna intuición para conocer a los hombres, ninguna traza para conjurar tempestades domésticas, ni ninguna varita de virtudes para convertir las pesetas en duros, ni don ninguno para mejorar la condición de su esposo y de sus hijos.

Aún hay más. Si la verdadera cultura no se fomenta en nuestros centros docentes principian por la escuela, ¿cuál es su alcance en la mejora de costumbres?

Podrán algunos adolescentes bien dirigidos conservar principios sanos de su primera enseñanza; pero al fin y al cabo no son más que lo que sus padres quieren que sean, y está visto que la influencia de la escuela cesa, en la gran mayoría, tan pronto como aquéllos entran á formar parte de la masa anónima llamada sociedad.

Es a todas luces evidente que nuestras lecciones de virtud y honradez son reemplazadas generalmente por las lecciones prácticas de la sociedad en que viven los que fueron nuestros discípulos; por la insidiosa influencia del taller o de la oficina, de la fábrica o del Instituto, de la calle o de tal ó cual centro donde se asocian, de lo que ven, o de lo que olfatean, viniendo a parar, o en la degeneración, o en la rueda del negocio” (27).

Sin embargo, es consciente de que se trata de una propuesta que choca frontalmente con esa pretensión generalizada de los padres y Juntas de enseñanza que reclaman “a boca llena conocimientos y se desentiende de poderes mentales y energías morales, y el maestro paga ese tributo a las familias...” (28).

Frente a una escuela como la de su tiempo donde casi única actividad era de tipo intelectual, Benejam propone potenciar las actividades prácticas: “suprimid lecciones de memoria, suprimid farrago indigesto, y dad cabida a lo que ha de servir de contrapeso a los trabajos intelectuales, a lo que refresca y vigoriza la mente, a lo que despierta gusto y amor al trabajo,...” (29). O, en otro momento:

“Construyamos un local para la escuela donde los niños no tengan que estar almacenados en aposentos reducidos y vetustos, sin el complemento de un pequeño jardín que ponga, a la vista de la escuela, un pedazo de cielo, y a los niños en contacto con las armonías de la Naturaleza... y no tendréis que apelar a medios violentos para hacer que la enseñanza sea obligatoria. Desechemos la lectura mecánica y con ella el memorismo de las escuelas, porque la memoria es facultad que se aniquila en vez de cultivarla con el auxilio de la inteligencia...” (30).

Pero la actividad manual no agota la vertiente práctica con la que pretende Benejam dotar a la enseñanza, sino que ésta debe ser extensiva a todo conocimiento:

“El maestro podrá aplicar en lo posible a todas las enseñanzas la práctica del hecho, porque lo que se hace se conoce mejor que lo que se ve y muchísimo mejor que lo que se oye” (31).

(27) *El problema educativo...*, o.c., pp. 21-22.

(28) *La Alegría de la Escuela*, o.c., p. 499.

(29) *La Alegría...*, o.c., p. 226.

(30) Cit. por A. Cavaller, o.c., p. 7. .

(31) *Ibidem*, p. 229.

La escuela no debe vivir volcada hacia el frío marco de sus cuatro paredes. Por un lado, ha de resultar un espacio estimulante:

“Las escuelas deben ser alegres, limpias y claras: los cuadros deben ser hermosas copias de los grandes maestros de la pintura y a lo largo de las paredes debieran mostrarse a los infantiles ojos exquisitas reproducciones de la escultura y flores y hojas debieran engalanar la estancia como poético menaje a la deidad cuyo templo es la escuela” (32).

También debe cultivarse la idea roussoniana según la cual “la mejor escuela es la sombra de árbol”. Benejam, como Joaquín Costa, es partidario a ultranza de que la escuela genere su propio museo escolar, su propio conjunto de recursos educativos que posibiliten el trabajo práctico de los alumnos: brújulas, trozos de pedernal, materias primas, fósiles, relojes, colecciones de semillas y plantas, animales... Y por tanto, escribe:

“La obra del maestro no ha de circunscribirse a las cuatro paredes de la escuela divorciándola del resto del mundo como si estuviera rodeada de una especie de muralla de la China. En la escuela no hay hechos que impresionen, y los niños deben observar los hechos y conocerlos, para conocer la sociedad donde actúan primero como niños y más tarde como hombres” (33).

“Maestros de párvulos, pedid luz, pedid aire para vuestros educandos: ejercitad sus miembros y desarrollad sus sentidos no queráis ser cómplices de ningún homicidio moral” (34).

Como señala Solsona, “Benejam es en España el promotor de la “pedagogía hidráulica” -he aquí sus afirmaciones: El agua fortifica los miembros, o comunica gran energía y actividad al organismo, normaliza la circulación de la sangre, impide la formación de grasa y de jugos nocivos, imprime vigor a los poderes mentales. “Venga una pila o una tina en cada casa, o si no una simple cuba. Mucha agua y mucha limpieza” (35).

El juego formará parte de actividad escolar. Para el maestro “servirán de desahogo y se impondrá la obligación de favorecer su propia salud mediante la gimnasia sin aparatos, y luego emprenderá las tareas escolares con más vigor y energía y la escuela ganará en disciplina y bienestar” (36).

Benejam plantea la necesidad de promover la actividad del niño y del adolescente en todos los sentidos, restableciendo el equilibrio psíquico y anímico.

Pero también reclama una actividad adaptada a las capacidades del niño, de forma que los contenidos de las materias han de organizarse de forma cíclica: ser distribuidos a lo largo de varios cursos escolares de forma progresiva. Sin ser ésta una idea pedagógica original, también al respecto Benejam se muestra como un pensador a la vanguardia de la pedagogía: “No le déis al niño en sus primeras años lecciones verbales porque no las comprenderá” (37). En múltiples ocasiones Benejam ad-

(32) Ib., p. 120.

(33) *Enseñanza de la vida*, o.c., p. 11

(34) *Alma de Maestro*, abril de 1915, p. 12.

(35) O.c., p. 151.

(36) *Alma del maestro*, junio de 1915, p. 12.

(37) Ib.

vierte contra el surmenage o exceso de trabajo intelectual.

Benejam (partidario por lo demás de centrar la enseñanza en el cálculo, escritura y lectura, dibujo y enseñanza religiosa), propone la necesidad de las “lecciones de cosas”, explicaciones en las que se analiza un hecho o una circunstancia no desde la perspectiva de una material (historia, ciencias...) sino de forma globalizada. Dice “Lecciones de cosas y lectura razonada: helo aquí todo. Maestros devotos y libros a propósito es lo que falta”:

“Para interpretar el texto y comentarlo, el niño debe darse cuenta de las ideas que aquel contiene.

Frases cortas y sencillas han de constituir las primeras lecturas; luego cuentecitos de tres ó cuatro líneas y más tarde descripción de objetos.

El niño entrará en la lectura corriente después de varios ejercicios; pero estos ejercicios deben amenizarse. A cada paso hay que mover, excitar e interesar.

Además del texto ordinario, hay un texto que el maestro debe inventar, de lo contrario aquel resultaría pobre y pesado.

Frases cortas, cuentecitos, descripción de objetos: he aquí un primer grado de lectura.

Más tarde se les ofrecerá á los niños un segundo grado que les inicie en varios conocimientos sobre los seres y las cosas.

Aquí ya entramos de lleno en la lectura razonada para difundir la enseñanza enciclopédica.

De la lectura razonada surge todo: enseñanza religiosa y social, geografía, historia, ciencias físico-naturales, etc., según el libro y según el maestro.

Así el espíritu puede extenderse, lo mismo en el seno de la Naturaleza que en las regiones de la inmensidad, y desde las intimidades del hogar y de la comarca á las esferas gubernativas.

Entre el primer libro y el segundo cabe un término medio.

La lectura razonada le abre al maestro una fuente inagotable de conocimientos generales, los unos despertando a los otros, y con todos se estudian las leyes a que obedece el lenguaje” (38).

Los libros de texto deben hacer compatible una enseñanza activa. Benejam no rechaza frontalmente su uso, pero sí advierte que no ha de constituir el centro de la enseñanza, sino ser un simple recurso educativo. Y desde luego, reclama especial cuidado a la hora de adoptar el conveniente:

“Formad el propósito de limpiar y barrer la enseñanza de todas las escorias; una de tantas el abuso de los libros y de las lecciones de memoria” (39).

Lo que deja lugar a dudas es el descontento de Benejam frente a la mayoría de los libros escolares aprobados como de texto en su época. Por una parte, critica la no existencia de libros graduados (adaptados al nivel de desarrollo evolutivo de las distintas edades y grados de madurez de los alumnos). Y por otra, el carácter lejano respecto de la realidad vital de los alumnos. De hecho, aunque no llegaría a comple-

(37) Ibidem.

(38) *El problema educativo...*, o.c., pp. 32-33.

(39) *La Alegría de la Escuela*, o.c., p. 132.

tar este proyecto, Benejam propuso (40) el esquema de lo que habría de ser un libro escolar sobre la vida social en el que se “enseñase a los niños a amar y conocer su país, prepararles para la vida social a que están llamados, y bajo tal concepto les importa más saber lo que hace el alcalde de su pueblo que lo que hizo el preste Juan de las Indias.”. Es decir, un libro que texto que partiese de la realidad más inmediata del alumno, de sus vivencias.

### Una organización escolar racional

Para Benejam la primera enseñanza debería tener un carácter universal, popular, integral, gratuito y práctico, y no discriminatorio para las pequeñas escuelas rurales, problema que se solucionaría “si a los pueblos pequeños fueran los mejores maestros con los mejores sueldos” (41).

Sus máximas y consejos sobre la organización escolar son de una enorme sencillez. Insta al maestro a preparar sus lecciones, a prever la distribución del tiempo y del trabajo (por secciones, adaptando la enseñanza a cada nivel de desarrollo), a promover un trabajo variado, crear un ambiente de trabajo favorable, y lograr un mutuo afecto entre maestro y discípulos:

“Debéis proceder inmediatamente a la organización de vuestra escuela. De una buena organización depende el aprovechamiento de vuestros discípulos y el peso de vuestra carga porque las tareas de un maestro en una escuela mal organizada son abrumadoras” (42).

Pero la organización escolar es una cuestión de simple lógica e intuición:

“No serán inútiles las lecturas que sobre el particular haya podido hacer el joven maestro aunque al principio su actuación será un continuo tejer y destejer; pero aquí como en muchas otras cosas lo que obra es la inspiración, es el numen porque también hay un numen pedagógico” (43).

“Primera y única base sobre que descansa la buena organización de una escuela: el arte del maestro” (44).

Los principios organizativos tendrán que ver precisamente con la práctica educativa, más que con a priori: hacer las divisiones en secciones oportunas (ni pocas ni excesivas: las que el maestro pueda atender); proponer actividades en pequeños lapsos; variar las tareas escolares.

Para él la clave de una buena escuela consiste tan sólo en hacerse amar y respetar:

“He aquí el secreto de vuestra profesión y el non plus ultra a que el maestro puede aspi-

(40) *La Escuela Práctica*, t. 1, p. 129.

(41) *El Problema educativo*, o.c., p. 16.

(42) *Ibidem*, p. 70.

(43) *Ibidem*.

(44) *Ibidem*.

(44) *La Alegría de la Escuela*, o.c., p. 98.

(45) *Ib.*, p. 100.

rar" (45).

La educación de los tiempos de Benejam tenía una componente esencialmente conductista: más que hacer partícipe al alumno de la necesidad de su instrucción, se basa en alentar o disuadir determinadas conductas mediante premios y castigos. Benejam no desdeña este sistema (lo considera "un mal necesario", según sus palabras), pero dándole un sentido muy distinto al original, clasista: cada niño debe poder optar, en función de sus capacidades y del esfuerzo mostrado, a los premios; pues se trata de una enseñanza adaptada al alumno, no simplemente competitiva.

Benejam advierte de la necesidad de ser indulgentes con la conducta revoltosa de los niños: "considerar al niño como niño y no como hombre, y castigarle como hombre y no como bestia"; "No castigáis la incapacidad" (46). Benejam escribe toda una pedagogía de los castigos y los premios, siempre con un criterio de parquedad:

"El mejor, el más alto premio en una escuela debiera ser la satisfacción del motivar la alegría de su maestro, el contentamiento de sus padres y las legítimas complacencias de su corazón" (47).

Por otro lado, Benejam propone que la enseñanza se articule a partir de la lectura razonada o "explicada" (48). Para él leer no consiste sólo en articular sonidos, sino ante todo en comprender lo leído: "así no debemos enseñar a leer y a escribir para sacar lectores y calígrafos, sino para aprovechar los tesoros de la lectura y escritura" (49). La lectura constituye un eje temático, "ofrece ancho campo para cosechar ideas y conocimientos": "Dadle, dice, a ese maestro un buen libro de lectura y si es un educador decidido, enseñará a leer, a pensar, a discurrir, a elevar la mente de los niños, amén de suministrarles raudales de conocimientos" (50). De forma más explícita, dice:

"Con un solo libro de lectura, para cada sección, siguiendo el ciclismo, libro elaborado ad hoc, hay suficiente para enseñarlo todo, excepto el catecismo, el cual requiere enseñanza aparte" (51).

"Narraciones sencillas, frescas, de una frescura especial y de un realismo moralizador que ganen la gracia y el afecto del niño y predispongan su ánimo a las nobles empresas" (52).

Otro eje temático de esa enseñanza globalizada que propone Benejam son las "lecciones de cosas" (53), "áncora de salvación para las escuelas" (54). En ambas formas es la conversación distendida del maestro con sus discípulos la base del

(45) *La Alegría de la Escuela*, o.c., p. 98.

(46) *Ib.*, p. 100.

(47) *Ib.*, p. 103.

(48) *La Alegría de la Escuela*, o.c., p. 202.

(48) *Ibidem*.

(49) *Ib.*, p. 205.

(50) *Ib.*

(51) *Ib.*

(52) *Ib.*, p. 213. Sobre las "lecciones de cosas" escribe con profusión en *La Escuela Práctica*, t. I.

(53) *Ib.*, p. 115.

aprendizaje, pero en las lecciones de cosas existe una enseñanza más intuitiva, basada en los objetos que el niño tiene a la vista. Según Benejam, se trata de “dos poderosos recursos para la enseñanza racional en las escuelas, recursos de que el maestro puede echar mano todos los días puesto que ninguna dificultad ofrecen.” (55). En las lecciones de cosas el alumno se ve profundamente implicado, interpelado:

“Ahí porque ellas hacen un llamamiento a las fuerzas personales del niño, porque ponen en juego sus facultades y satisfacen su necesidad de pensar, de hablar, de moverse y de cambiar de objeto” (56).

### Una escuela integrada: educación y entorno

La escuela de tiempos de Benejam, como institución, era un ente aislado, apenas relacionado con la sociedad, con la comunidad en la que se desenvuelve su vida. Las únicas relaciones efectivas (además del sostenimiento y control municipal de la institución) eran la celebración de exámenes públicos (aspecto denostado por Benejam, al menos en su usual forma ceremonial y falsa), o la participación de los niños de la escuela en actos litúrgicos (misas, entierros, etc.)

Por contra, Benejam propone una escuela plenamente integrada en su sociedad, una escuela “al servicio” de su comunidad. Es preciso tener en cuenta que la escuela que tiene especialmente presente Benejam en su pensamiento es esa escuela de un pequeño municipio rural, donde la vida cultural es prácticamente nula. Pues bien, para Benejam la función de la escuela traspasa los cuatro muros del aula: la escuela ha de imbricarse en la comunidad, como un centro de recursos al servicio de la permanente función cultural. Tal vez sea éste el sentido de la célebre frase de Benejam: “Mi escuela está abierta todo el día”.

Propone, pues, que la escuela se convierta, a falta de otra institución que pueda desempeñar esa función, en un centro de cultura. La escuela debe instituirse en local social, el maestro en su director, si puede en periodista (como hiciera Benejam en Blanes y en Ciutadella), en animador cultural. La escuela debe cumplir la función de biblioteca cuando los pueblos carezcan de ella. En una palabra: la escuela ha de ser el centro de dinamización cultural de la comunidad, atendiendo a las necesidades de formación no institucional de sus habitantes. Es claro que se trata de un aspecto altruista y no contemplado (ni gratificado) por la legislación educativa del momento, pero tan imprescindible a ojos de Benejam como la labor escolar de cada día. En *Vida nueva* habla de una casa del pueblo “donde no se haga otra política que la obra augusta de la regeneración social por medio de la escuela y una enseñanza educativa y amena, mediante el concurso de todas las fuerzas intelectuales de la población, predicando de antemano la verdadera guerra santa contra la ignorancia y el vicio” (57). Para Benejam la escuela son los “pulmones” de la comunidad, constatando la necesidad de hacer de la escuela “la verdadera casa del pueblo” (58).

(53) Ib., p. 213. Sobre las “lecciones de cosas” escribe con profusión en *La Escuela Práctica*, t. I.

(54) Ib., p. 115.

(55) Ib., p. 214.

(56) *La Escuela Práctica*, o.c., t. I, p. 2.

Se trata de una escuela *abierto*, en absoluto de espaldas a la realidad. Una escuela donde los exámenes públicos dejen de ser ese acto de falseamiento de la realidad educativa (“representaciones teatrales bien o mal ensayadas”, en palabras de Montesinos) destinado a satisfacer la curiosidad de los lugareños y a cultivar el ego del maestro. Y donde las exposiciones escolares tampoco sean el único nexo entre el trabajo del maestro y la comunidad: “mejor sería que la escuela fuese una exposición permanente, más real y menos ficticia” (59).

A la inversa, Benejam reclama del conjunto de la comunidad que ejercite su función educativa. Y por ejemplo, considera imprescindible la acción educativa (que no “instructiva”) de las familias:

“La educación en la escuela sin el concurso de la familia suele pecar de enteca y deficiente en alta manera. En la escuela los niños no oyen palabras; en su casa no observan hechos, y es con hechos y no con palabras cómo se educan los niños” (60).

La necesidad de un diálogo efectivo con los padres, implicando a éstos en la enseñanza chocará en su tiempo con la idea de la escuela como un compartimento estanco. Relación que también se hace efectiva con otras instancias de la sociedad, como los curas (aunque, advierte siempre salvando respetuosamente las distancias ideológicas que puedan existir: la visión religiosa de Benejam está bastante alejada del catolicismo integrista de buena parte del clero rural del momento), o las autoridades educativas, o al conjunto del pueblo:

“¿Por qué no reunir al pueblo y echar allí su discursito? Va el diputado del distrito y echan al vuelo las campanas” (61).

Si bien advierte contra un mal frecuente en la enseñanza primaria de su momento: conscientes del prestigio que muchas veces supone para una comunidad escasamente dotada a nivel cultural la llegada de un maestro, los contendientes políticos de esa España de los caciques del último cuarto del XIX y primeras décadas del XX tratarán por todos los medios de hacer valer a su favor la baza del apoyo del maestro, incluso con coacciones (fuente de no pocos expedientes a maestros):

“Pero someta al culto interno y conducta sus entusiasmos a reñir bravas batallas contra la ignorancia y la grosería” (62).

### **Hacia una proyección simbólica y cultural del maestro**

En consonancia con esa dimensión social de la escuela que pretende Benejam, al maestro corresponde ocupar una posición específica dentro de la comunidad: digá-

(57) O.c., p. 112 .

(58) Ib.

(59) *Alma de Maestro*, diciembre 1915, p. 5.

(60) *La Alegría de la Escuela*, o.c., p. 26.

(61) *Alma de maestro*, abril 1915, p. 15.

(62) *La Alegría de la Escuela*, o.c., p. 10.



moslo así, acatar un perfil, desempeñar un “papel”. Benejam es sumamente prolífico a la hora de detallar los pormenores del mismo, abarcando aspectos tan dispares como el comportamiento del maestro fuera de la escuela hasta el modo correcto de vestir.

El presupuesto de fondo que opera en la concepción de Benejam del maestro es que éste ha de rodearse de una aureola de respetabilidad y prestigio, sin la cual la función del maestro dentro pero sobre todo fuera del horario escolar no puede ser correctamente desempeñada. El maestro del que habla Benejam debe ser una personalidad atractiva, la encarnación de un ideal de vida.

La descripción de este prototipo de maestro, sumamente idealizada, presenta a una persona activa, dinámica y emprendedora, hasta cierto punto romántica y sentimental (de apasionada vocación profesional: enamorado de su profesión), y personalmente elegante, joven de cuerpo y espíritu, osado, con un criterio personal elevado, que persigue y hace perseguir a sus alumnos observaciones originales, orgulloso de su labor. Imagen, no es necesario insistir en ello, al alcance de muy pocos maestros de la España de su momento. En cualquier caso, en unas coordenadas en las que el maestro es una persona sumamente modesta, de escasas aspiraciones personales (su salario es menor en muchas ocasiones al de un jornalero) y culturales (el estudio del magisterio no exige siquiera tener título de bachiller), en Benejam existe una orgullosa reivindicación de la figura del maestro, una exaltación de su papel, por encima de las condiciones materiales de su trabajo. Y un análisis lúcido de esa ambigüedad entre lo que al maestro se le exige, se le supone, y la posición socioeconómica que soporta:

“El que busque prestigio y consideración social no lo encontrará por el camino angosto de la pobreza de espíritu, a menos que sea una lumbrera; ni tampoco el que busque mejorar su estado económico lo conseguirá reduciéndose á la sota, caballo y rey de la enseñanza.

Un cura de misa y olla, un galeno de poco fuste y un maestrillo del tres al cuarto, si le dan simplemente para vegetar, no saldrán de una esfera ruin; pero el cura que aspire a sacerdote ilustrado, el galeno que estudie para ser médico de fama, y el maestro que trabaje para elevarse a pedagogo de altura, se crearán atmósfera, y es más que probable que esta atmósfera sea lucrativa.

Tenemos obligación de elevarnos sobre el común sentir de ciertas gentes, por nuestros propios merecimientos.

No nos basta el ser considerados, sin consideración alguna, como encargados de la cultura popular, apóstoles de la civilización y factores principales del progreso, si llevamos un traje apollado y anacrónico y nos alimentamos con patatas sazonadas con quebrantos.

En los pueblos, mayormente, las gentes se atienen á lo de: “Dime lo que tienes y te diré lo que vales”. Allí no hay otros grados que marquen la jerarquía social como el tener dinero o cosa que lo valga. El día en que el maestro convierta su escuela en prebenda y adquiera aires de persona acomodada, se le rendirá pleito-homenaje.

Pero téngase en cuenta que la profesión de maestro no es oficio mercantil. Por el camino real se ha de dirigir la empresa, no por el atajo” (63).

En ese intento de prestigiar al magisterio, Benejam pretende un maestro de impecable aspecto exterior, muy en la línea de otros pensadores del momento como Francisco Giner de los Ríos. Correctamente vestido, debe resultar una persona atractiva a los ojos de la comunidad. Así, escribe por ejemplo:

(63) Juan Benejam: *El problema educativo. Hacia el mejoramiento de la escuela y del bienestar del maestro*, Ciudadela, Imprenta y Librería de Salvador Fábregues, 1910, p. 11.

“Ya que no es posible que un maestro sea siempre un buen mozo con mucho ángel, lo cual fuera una circunstancia no despreciable, procure remediar o corregir cuanto tenga de cursi o de chabacano” (64).

“Apareced –dice- ante los niños y ante los hombres limpios como un taza de plata y vestidos correctamente.” Pensad que “un porte digno y un traje decente os abrirán muchas puertas y os harán accesibles muchas personas. Esto no es una nimiedad” (65).

No se trata de una cuestión baladí, o simplemente anecdótica. Benejam pretende una enseñanza que comience por lo sensitivo, por las imágenes. Y por tanto, cuida con esmero la propia imagen del maestro:

“El habito no hace el monje; pero el porte y la indumentaria tienen gran influencia en el ánimo de los demás. El traje no es una simple cubierta, sino que es un matiz que con otros matices embellecen la vida” (66).

Para Benejam el magisterio es una especie de sacerdocio, que abarca también a las señas externas que distinguen a sus militantes:

“¿Queréis que os eleven? Principiad vosotros mismos, elevando sobre todo vuestra enseñanza, abandonando la burda labor y emprendiéndola por otros rumbos.

¿Que os han destinado una zahurda por escuela? Convocad a los vecinos más influyentes, ganaos voluntades, principiando por la del cacique o el alcalde; pedid y se os dará.

Todo consiste en saber impresionar. Saber impresionar es saber vivir. Los vecinos saludarán con alegría la escuela nueva de que debéis hacer la verdadera casa del pueblo. Hoy una fiesta, mañana un aparato interesante, otro día una exposición o un acto público cualquiera en que haya discurso, pues el que sabe discursar está salvado.

Hay que discurrir, hay que inventar, hay que dar al traste con la poquedad de ánimo; hay que rebelarse a veces con dignidad contra todo lo que sea humillación, poniendo por antemural una conducta intachable y un ejercicio digno a toda prueba.

¿Que el presupuesto escolar es mezquino? Atacad el presupuesto municipal. Con fuertes alabonazos se abren todas las puertas”.

Por lo mismo, propugna una conducta intachable:

“No consintáis en vosotros ni alrededor de vosotros, cosa alguna que trastienda a mal ejemplo” (67).

El amor ¡si es el mayor bien de la tierra! amad que no es delito el amar. Ahora que siempre habéis de acordaros que sois maestro, que sois sacerdote del pensamiento.

Si no queréis vivir como un joven viejo, procurad vivir como un joven serio.

(64) *La Alegría de la Escuela*, o.c., p. 12.

(65) *Ibidem*, p. 11.

(66) *Alma de maestro*, enero de 1915, p. 7.

(66) *El problema educativo...*, o.c., p. 19.

(67) *La Alegría de la Escuela*, o.c., pp. 10 y ss.

(68) O.c., p. 34.

Si tenéis valor para ser un joven viejo, sedlo” (68).

El maestro habrá de mantener, por lo mismo, cierto alejamiento respecto a la comunidad. En palabras de Jerónimo Solsona:

“El joven maestro en el pueblo llevado su juventud, intentará mezclarse con los de la localidad en cosas propias de esta edad; pero no debe abandonar un sólo momento este recuerdo: “el de su profesión de maestro” (69).

Que, desde luego, ha de hacer extensivo a la vida política:

“El período electoral: solicitado por tirios y troyanos; el maestro no sabrá a quién dar su voto para que nadie se sienta ofendido; pero sin que el maestro se meta para nada en líos de la localidad, el día que desee ejercer sus derechos no ponga en contradicción sus obras con sus ideas: no seáis traidor a vuestra conciencia” (70).

Benejam es consciente de las penalidades materiales y morales que acechan a un maestro de su momento. Por lo mismo, aconseja al maestro obrar en todo momento con cautela frente a las autoridades municipales, y recurrir al inspector antes que al alcalde cuando su situación se vea comprometida. Pero advierte que si el maestro previamente se ha hecho respetar (y de ahí los anteriores consejos) todo será más fácil.

Ante la necesidad de obtener recursos con los que completar la exigua dotación de la mayoría de las escuelas rurales, Benejam pide prudencia a la hora de buscar fuentes de ingresos complementarios. El participar en empleos “de la vida civil” (permítasenos decirlo así) puede dañar esa imagen de sacerdocio del maestro: “anhelad vivir de la de enseñanza puesto que a ella estáis consagrados como el sacerdote vive del altar”(71). Es preferible vivir de la caridad de los aldeanos, o en último caso de la apertura de una escuela de adultos.

El maestro ha de procurar participar de la vida social del pueblo, ir a las reuniones y espectáculos, pero sin perder en ningún momento la compostura, y sin llegar a romper esa aureola de dignidad que debe rodearle.

Desde la perspectiva de nuestro tiempo, este cúmulo de consejos puede parecer accesorio, casi pintoresco. Sin embargo, en el tiempo en el que Benejam escribe estas palabras la posición del maestro es peligrosamente ambigua: por una parte, es un representante de la “España oficial”, de la cultura, del saber estar, en esa España rural iletrada; por otra, sus condiciones vitales son draconianas (lo manifiesta el dicho: “pasar más hambre que un maestro de escuela”). Saber conjugar ambos extremos, vivir con la amenaza de la pobreza y la falta de incentivos culturales y sociales, y al tiempo desempeñar ese papel que le es encomendado no siempre es fácil. Y, en cualquier caso, supone que el maestro ha de actuar como tal dentro y fuera de las aulas, aspecto último al que encaminan las propuestas de Benejam.

(67) *El problema educativo...*, o.c., p. 19.

(68) *La Alegría de la Escuela*, o.c., pp. 10 y ss.

(69) O.c., p. 34.

(70) *Ibidem*, p. 32.

(71) *La Alegría de la Escuela*, o.c., p. 15.

(72) *Alma de maestro* enero de 1915, p. 17.

## Dimensión humanística de la educación

Para Benejam existe una componente de la educación anterior y más importante a cualquier metodología: se trata del espíritu que debe animar al maestro y que debe presidir la enseñanza.

Benejam despliega una ideología escolar inequívocamente humanista, y que se basa por lo demás en la religión cristiana (un cristianismo exento de barroquismos, casi diríamos depurado y esencialista).

De hecho, Benejam al escribir sus libros advierte de la intención: que ese joven maestro ex-normalista, que ha aprendido al dedillo los temarios de oposición de todas las asignaturas objeto de estudio, cuando llegue a la escuela sepa a qué va. Por eso mismo, la primera pregunta que debe hacerse todo maestro es por el sentido de lo que hace: “¿de qué servirá a los alumnos esto?”; es el punto de partida de toda enseñanza. Labor en la que también han de comprometerse, implicarse los propios discentes:

“Los niños deben compenetrarse también de la utilidad de sus esfuerzos. Es menester que el niño sepa darse cuenta de lo que hace y de por qué lo hace: que en lontananza vislumbre el provecho. Así se trabaja con entusiasmo y fe” (72).

Se trata por tanto de una educación que parte del ese futuro hombre, que proyecta al niño hacia su estadio de adulto, y que contempla (de modo integral, como decíamos) todas las necesidades y demandas que en el futuro se le plantearán: la enseñanza ha de ser útil.

Hasta cierto punto podría decirse que Benejam considera la enseñanza no sólo como una ciencia, como una técnica, sino antes como un arte. Numerosas son sus alusiones a la existencia de un “numen pedagógico” por encima de la cultura general, la inspiración, la inventiva...: una especie de don que sin embargo es cultivable, y que tiene que ver bastante con la imagen que el maestro transmite de sí: en este sentido debemos encuadrar las ya comentadas alusiones a la forma de ser y de conducta propias del buen maestro. Ante todo el maestro se forma a partir de su experiencia cotidiana (“el maestro se forma como el guerrero en los combates y el marino entre las veleidades del mar”) (73). Y desde luego a partir de su vocación, de su sacerdocio: “mediante una verdadera devoción hacia la enseñanza es como se adquieren las aptitudes pedagógicas”; “los ejercicios educativos no reclaman ni libros, ni papel, ni plumas, sino alma, mucha alma, y corazón para sentir y voluntad para hacer, y todo se despierta y fecundiza al calor de las excitaciones” (74).

Más allá del estudio teórico de la pedagogía, la capacitación docente nace y estriba en la práctica, en ese esfuerzo permanente de mejora y análisis de los resultados:

“Si por práctica se entiende la repetición cotidiana de las mismas cosas, sin estudiar ni reflexionar sobre ellas, eso es mecanismo, eso es rutina, y esto es peor cuanto mayor sea la practica” (75).

(72) *Alma de maestro*, enero de 1915, p. 17.

(73) *Alma de maestro*, enero de 1916, p. 1, “carta 1<sup>ª</sup>”

(74) *Ibidem*.

Más que una pedagogía formal, Benejam fía a la práctica, a la intuición del maestro honrado (“sabiduría del buen sentido”)(76) y dispuesto a evolucionar el éxito de la enseñanza. Aunque entre sus ideas pedagógicas pueda entrecruzarse una metodología escolar, Benejam no apuesta por un conjunto hecho de fórmulas docentes, sino que antepone a ellas *una actitud*, la del maestro, que habrá de guiar sus pasos como tal. Y es en este sentido en el que hablamos de la filosofía educativa de Benejam como “humanista”.

La relación maestro-alumno también es concebida en estos términos. En *La Alegría de la Escuela* dice:

“Ellos forman parte de nuestra existencia, están unidos a lo más íntimo de nuestro ser [...] El amor a los niños engendra nuestra simpatía hacia la escuela” (77).

En su espíritu humanista, Benejam rechaza el principio del endurecimiento físico:

“Rechacemos esa educación bárbara para fomentar una educación racional, promoviendo la salud del cuerpo por medio de una higiene bienhechora, y cultivando la energía moral, la fuerza de voluntad que comunica al alma un vigoroso temple, a fin de hacerse dueña y señora del cuerpo que le sirve.”

Benejam también es partidario de una escuela esencialmente religiosa. Pero frente a esa religiosidad coercitiva y de fundamento catequístico (y barroco, como el *Catecismo del Padre Astete*, obligatorio en las escuelas de primeras letras por entonces), Benejam aboga por una religión intuitiva:

“Los magníficos espectáculos de la Naturaleza harán creer al niño en Dios, le harán amar y reverenciar la causa de las causas y el amor de los amores” (78).

La educación moral, cuyo fin postula en elevar al individuo a determinarse a sí propio conforme a principios justos, necesita a juicio de Benejam ser completada por la educación religiosa: “Los niños deben ser educados religiosamente para que vivan religiosamente cuando hombres, en vista de su destino futuro” (79). La religión a la que se refiere va implícita en ese talante humanista y solidario con que concibe la educación; es decir, no es un añadido, en la habitual forma de recitaciones y ceremonias escolares tópicas. Señala:

“Hay religión, dice Concepción Arenal, en el trabajo que se realiza, en el deber que se cumple, en la ofensa que se perdona, en el error que se rectifica, en la debilidad que se conforta, en el dolor que se consuela. Y hay impiedad en todo vicio, en toda injusticia, en toda venganza, en todo mal que se hace o se desea” (80).

Una religión, por tanto, de trasfondo abiertamente humanista:

“Una religión de amor, respeto y confianza que empiece por hacer del niño un creyente y acabe por constituirle en hombre de bien. Negar esa religión a la juventud es negar el oxígeno a

(74) *Ibidem*.

(75) *El maestro*, o.c., p. 33-34.

(76) *La Alegría de la Escuela*, carta séptima.

(77) O.c., p. 34.

(77) *La Alegría de la Escuela*, p. 31.

(78) *Ibidem*.

(79) *La Escuela Práctica*, t. I, p. 555

los pulmones, es negar el alimento a los órganos, es negar la luz al aparato de la visión” (81).

Y que tiene cabida en la escuela más que como en su formulación teórica, como una *actitud* vital (“Toda enseñanza que no se hace sentir carece de valor y de vida”) (82), ligada a la forma de abordar su tarea diaria el maestro:

“No hay reglas, no hay fórmulas para esa educación moral: no hay más que la impresión que puedan dejar en el ánimo, ciertos hechos, ciertos desenlaces, ciertos rasgos, ciertos caracteres... eso es, los rasgos. Con un sólo rasgo puede un demonio convertirse en ángel” (83).

“¿Cómo puede educar el maestro? Impresionando a los niños con hechos reales o figurados, con ejemplos, con anécdotas, con proyecciones de la vida local, con noticias del periódico del día, con la enseñanza de la moral personificada, con los destellos del sentimiento religioso, con la sugestión de todo lo noble grande y bello de la humanidad” (84).

Y, desde luego, pretende una moral autónoma por parte del alumno, no simple respuesta a una exhortación del maestro:

“Cuando en el niño hay falta de convicción, el ánimo desfallece o se toman medidas para desobedecer, lo cual engendra esos caracteres hipócritas de que está plagada la sociedad, los cuales han sido la verdadera lepra de todos los siglos” (85).

## CONCLUSIONES

Las ideas educativas de Benejam son en su momento de una extraordinaria modernidad. Sus “lecciones de cosas”, el cultivo del teatro infantil como recurso educativo, su clarividencia a la hora de señalar los principales problemas del magisterio en la España de su tiempo, sus propuestas escolares, y, por qué no decirlo, la inequívoca determinación de prestigiar una profesión propia entonces de personas con escasas aspiraciones culturales y personales, constituyen aspectos de una rabiosa actualidad intelectual en su momento: cualquiera de dichos hallazgos le hubiese bastado para ser reconocido como prestigioso pedagogo. Pero aún hay más. Porque, por encima de los principios pedagógicos y organizativos, en Benejam existe una actitud humanista y sabia hacia la escuela, una concepción casi sacramental y de un vitalismo contagioso del magisterio.

El pensamiento de Benejam enlaza con la visión reformista de la enseñanza: sólo la escuela de primeras letras puede regenerar el país. De ahí el fervor con que Benejam se entrega a la tarea de vindicar algo de tan poco prestigio como una escuela rural de la España del momento.

(80) *La Escuela Práctica*, t. I, p. 555

(81) *Ib.*, p. 169.

(82) *Ib.*, p. 161.

(83) *La Alegría de la Escuela*, o.c., p. 157.

(84) *Alma de maestro*, diciembre de 1915, p. 9.

(85) *La Alegría del Maestro*, o.c., p. 161.

Es cierto que su visión peca en muchos extremos de idealista. Su maestro ideal, ese maestro culto, activo, con inclinaciones literarias e incluso con don de gentes (como el propio Benejam), no es ni mucho menos extrapolable para la mayoría de los docentes rurales del momento. Pero no es menos cierto que concibió una forma de entender la enseñanza y el magisterio, una actitud hacia la profesión, de la que cualquier maestro podía y puede aún hoy beneficiarse: porque algunos de sus postulados, que en su día se adaptaban a las condiciones docentes del momento, han quedado desfasados, su espíritu educativo, el trasunto de lo que la escuela ha de constituir, permanece con una vigencia ciertamente sorprendente.

Con motivo de su muerte en 1922, el periódico *Las Noticias* de Barcelona recogía una valoración de Benejam a la que el tiempo ha dado la razón:

“La obra espiritual del ilustre finado se agrandará a medida que transcurra el tiempo, dando lugar a que el juicio sereno e imparcial de las inteligencias doctas, juzgue la labor eficaz del generoso educador”.